



# BOLETÍN Pastoral



2017

Boletín # 6

## ¡He Visto al Señor!

Yo soy un convencido de que Dios habla y que lo hace todos los días. Él nos llama, nos busca y nos espera desde siempre. Su lenguaje es excepcional, a veces duro y extraño para la razón, pero siempre oportuno, patente y directo al corazón. Es curioso saber y meditar que cuando el Señor está a punto de ascender al Cielo y de sentarse a la derecha del Padre, nos hace una promesa especial y por supuesto ¡aún vigente!: “Y he aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20b). Sí, se quedó con nosotros y de muchas maneras.

Además de su cercanía y compañía que podemos experimentar de tantas formas, este año lo he podido experimentar en una presencia particular: en los enfermos.

Mi grupo primero de filosofía y yo, nos hemos dado cuenta que Jesús nos estaba llamando, buscando y esperando cada domingo en la León XIII, la Clínica Pablo Tobón Uribe, San Vicente de Paúl, el Rosario de Villahermosa y el Poblado, en la Clínica Universitaria Bolivariana y en Saludcoop. Para un encuentro de tal magnitud, lo primero que hay que hacer es prepararse: orando, disponiéndonos, abriéndonos por medio del rezo de Laudés y la Eucaristía. Es vital la oración, es allí donde podemos decir: “Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Dios de toda consolación. Él nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos consolar a los que se sienten atribulados, ofreciéndoles el consuelo que nosotros mismos recibimos de Dios” (2 Co 1, 3-4) y así, salir al encuentro de Jesús que espera.

A veces uno no quisiera encontrarse con Él, es más, no lo quisiéramos ver, a veces nos cuesta verlo en esa realidad, ¡pero a Él no!, cada ocho días hay una cita pendiente con Él, siempre está esperando... Y así, entrando a donde está el Señor, ¡lo veo!: He visto al Señor dormido, cansado y fatigado por una mala noche, he visto al Señor quejarse por el dolor y la soledad, he visto al Señor a veces acompañado, lo he visto silencioso y meditativo. Lo he visto en los niños y en sus padres que velan por ellos y que pareciese, llevaran también su dolor, en los ancianos que reflejan entregas y luchas, en los hombres y mujeres que siendo papás, hermanos, tíos, hijos o lo que sea, sufren por sus familias. Lo he visto en quienes no nos reciben, gritando por una esperanza, en aquellos que lloran, que dan la mano y que se despiden con un “Dios le pague” o “muchas gracias”. Lo he visto cuando me mira a mí. Y al verlo, ¿qué hacer? Su voz susurrante: “Dadle vosotros de comer” (Mc 6, 37a). Darles el pan de la vida que trae consigo la esperanza, el ánimo, la fortaleza, el momento de intimidad y de clamar a Dios. Darles, darnos y darme un abrazo de Dios en el que me doy cuenta de ese: “Confíadle todas vuestras preocupaciones, pues Él cuida de vosotros” (1 Pe 5,7). Y así, acabado el encuentro físico que se prolonga en el interior, en el corazón, podemos salir diciendo: ¡Hemos visto al Señor!

*Manuel Felipe Nanclares Hinestroza  
Seminarista de primer año de filosofía.*